

Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial

1653 3

La 110. A la Universidad. Mi Sr. Marcos a veinte
 de abril. de mill y seüentos. y çin ç y tres años
 avy. Canones. y para la gramatica. En
 tres años = Murio. Lunes. a las 8. de la noche que
 se contaron. 12 de febrero. de mill y seüentos y çin ç
 y cinco años. de edad. de 15 años. y nieta
 muel. y fue enterrado. en la capilla
 mayor. donde se está. su. extra. do. Ser. m. m. p.
 Juan felix. y p. de b. n. a. n. y. de la. c. m. u.
 grandios. En. l. e. n. o. ——— om. q. u. e. d. e. b. i. s. p.

Murio. mi obrino. Joseph de Samorro. a 13. de febre.
 ro. de 1655 años. sabado. y fue enterrado. domingo
 primero de guade. ma. en la merced. —
 Murio. el al. f. e. r. e. l. p. u. l. o. p. e. de Villa. mi amigo. sabado.
 = 13. de marzo. de 1655 años. y fue enterrado. domingo
 de la caro. En. r. e. i. n. a. s. a. n. c. t. a. a. n. a. ———

Margarita. mi hermana Murio. a dos de julio. de 1656
 de 1656 =
 y fue enterrada. en el convento de mi. gra.
 de las merced. en la b. b. e. n. e. r. e. m. e. d. i. o. s.
 y dio el el. m. i. a. l. el. g. i. e. r. n. e. i. y. d. u. r. o. 24. de. a. b. r. i. l.

el contador. f. u. e. d. e. b. e. l. t. a. y. n. Murio. domingo. diez. de. d. i. o.
 mes de julio. de mill y seüentos y çin ç y tres años.
 y fue enterrado. en la parroquia de. P. e. l. l. e. n.
 y murio. en tres dias. ———

Murio. a 11. de. a. g. o. s. t. o. de. 1656.
 Margarita. mi hermana. a 11. de. a. g. o. s. t. o. de. 1656.
 a las. 10. de. la. n. o. che. en. mi. casa. a. n. a.
 gran. de. con. ———

domingo. 21. de. j. u. l. i. o. de. 1656.
 en. b. r. a. s. a. c. e. l. l. e. n. e. r. e. m. e. d. i. o. s.
 en. l. e. r. e. y. e. n. t. e. n. e. l. l. e. n. e. r. e. m. e. d. i. o. s.
 en. l. e. r. e. y. e. n. t. e. n. e. l. l. e. n. e. r. e. m. e. d. i. o. s.

JOSEPHE DE MUGABURU Y LOS CRONISTAS URBANOS EN EL IMPERIO ESPAÑOL

Origen y transmisión de un diario colonial

JOSÉ RAMÓN JOUVE MARTÍN
MCGILL UNIVERSITY

Este trabajo forma parte de los realizados al amparo del proyecto de investigación del Plan Nacional de I+D+i financiado por el ME del Reino de España, que se realiza en la Agencia Estatal Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) bajo la dirección del dr. Alfredo Alvar Ezquerra, cuyo título es “La escritura del recuerdo en primera persona: diarios, memorias y correspondencias de reyes, embajadores y cronistas (siglos XVI-XVII)” (nro. de ref. HAR2011-30251).

MADRID
MAYO DE 2013

ÍNDICE

1. De ciudades reales y ciudades narradas	9
2. El diario de Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español.	13
3. De Lima a Bloomington: transmisión, historiografía y coleccionismo	17
Obras citadas	21

JOSEPHE DE MUGABURU Y LOS CRONISTAS URBANOS EN EL IMPERIO ESPAÑOL: ORIGEN Y TRANSMISIÓN DE UN DIARIO COLONIAL

Las páginas de este ensayo buscan acercar al lector a una obra singular: el diario escrito en Lima por Josephe de Mugaburu, y continuado a su muerte por su hijo Francisco, entre los años de 1640 a 1694. No es éste un documento desconocido para los especialistas, quienes se sumergen con frecuencia en él en busca de datos sobre la vida cotidiana de la capital del Virreinato del Perú en la segunda mitad del siglo XVII, pero sí que ha sido escasamente comentado en tanto que obra histórica y literaria *per se*. Más que ofrecer un resumen del mismo, lo que las páginas que siguen a continuación proponen es, primeramente, situar el texto de Mugaburu dentro de las múltiples reflexiones sobre la ciudad que tienen lugar en el contexto de la literatura y la historia colonial; segundo, discutir la relación que este texto tiene con otros diarios escritos en México y Lima –y especialmente con el de Antonio Suardo; y, por último, trazar la historia –necesariamente incompleta– del manuscrito mismo desde 1694, año en el que se finaliza, hasta su reaparición en Lima en 1916 y su posterior traslado en 1962 a The Lilly Library en la Universidad de Indiana (Bloomington, EEUU). La riqueza del texto de los Mugaburu consiste en hablarnos no sólo de los pormenores de una ciudad colonial como Lima en su momento de apogeo, sino también de la forma en como concebimos los documentos que nos transmiten ese pasado y del imprescindible papel que han tenido a la hora de moldearlo tanto las personas e instituciones que decidieron conservarlos como aquellas que, cortas de miras, prefirieron no hacerlo.

1. DE CIUDADES REALES Y CIUDADES NARRADAS

A lo largo del siglo XVI, los españoles se convirtieron no sólo en grandes constructores de ciudades, sino en aplicados cronistas de las mismas. Las historias y crónicas de Indias están llenas de ciudades reales, de ciudades imaginadas y de ciudades de cartón piedra; de ciudades a la vera del mar, de ciudades en medio de secarrales y desiertos y de ciudades encima de ciudades. No todas las ciudades descritas en los libros de los españoles fueron levantadas por ellos. Al contrario, estos no dejaron de reconocer los méritos de algunas de las ciudades construidas por los indígenas. El propio Cortés declararía no sólo su admiración por Tenochtitlán, sino también la inmensa importancia de tener a mano quien supiera describirla adecuadamente en la segunda de sus *Cartas de relación*:

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitan, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender. (Cortés 1993, 232)

Cortés se encargaría de destruir el objeto mismo de su admiración antes que esos “muchos relatores y muy expertos” en el arte de narrar ciudades tuvieran tiempo de llegar dejando a la posteridad a cambio esa ciudad de símbolos y letras que es su propia descripción de México-Tenochtitlán. Para cuando dichos expertos relatores finalmente llegaron, México era ya se había convertido en una cosa muy distinta: un tablero de ajedrez, “cuadra a cuadra, y aun cuadra pieza a pieza” como diría años después Bernardo de Balbuena (1927, 70v).

La fascinación de los españoles por las ciudades les llevó a la gesta de describirlas incluso cuando no existieran, cosa metafísicamente notable. Uno de los casos más señalados con los que cuenta la historia colonial es el de las siete ciudades de Cibola. La creencia en la existencia de ciudades de legendarias riquezas en alguna parte del norte de México fue alimentada tanto por la tradición de las novelas de caballerías por los relatos de los supervivientes de la desgraciada expedición de Pánfilo de Narvaez a la Florida (Leonard 1964; Rodríguez Prampolini 1990) . En 1539, el virrey Antonio de Mendoza puso en marcha una expedición con el objetivo de encontrarlas a cuya cabeza terminaría estando un fraile, Marcos de Niza, acompañado del famoso compañero de desgracias de Cabeza de Vaca, Estebanico (Koch 2009, 89-90).

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

Durante la expedición, Fray Marcos de Niza tuvo la precaución de mandar por delante al bueno de Estebanico y Estebanico, por su parte, la poca prudencia de aceptar –pues sería a él, y no al sagaz fraile, a quien los indígenas se encargarían en última instancia de liquidar. Dejando de lado los detalles escabrosos de la negociación que llevó a semejante fatalidad, lo cierto es que Marcos de Niza encontró aquello que se le había encomendado buscar. De hecho, no sólo lo encontró sino que lo describió con todo lujo de detalles asegurando que la primera de dichas ciudades estaba asentada en “vn llano a la falda de vn çerro rredondo,” que tenía un “muy hermoso paresçer de pueblo” y que era población “mayor que la çibdad de Mexico” (Niza 2008, 93). Eso sí, el fraile, quizás recordando la nada envidable suerte de su compañero, la describió “desde vn çerro donde me puse a vella” y tuvo la heroica fortaleza de resistir la tentación de entrar en ella “porque sabia que no aventuraua sino la vida y [...] Al cabo temi, considerando mi peligro y que si yo moria, no se podria aver rrelaçion desta tierra, que a mi ver es la mayor y mejor de todas las descubiertas” (Niza 2008, 93). La emoción que embargó al virrey al escuchar la buena nueva debe de haber sido inenarrable, casi tanto como la cara que debió de poner el muy prudente fraile al enterarse de que había sido seleccionado para indicar a Francisco Vázquez de Coronado el lugar exacto donde había contemplado tan maravillosa urbe. Y así el 22 de marzo de 1540 la expedición de Coronado salió en pos de una ciudad que nunca encontró en lo que debe de haber sido uno de los mayores bochornos que un fraile haya experimentado en la historia colonial. Sin embargo, una vez escrita y descrita, borrar una ciudad no era cosa que pudiera hacerse tan fácilmente. En 1587, el mallorquín Joan Martines, cosmógrafo oficial de Felipe II, situó en su famoso Atlas las Siete Ciudades de Cibola allí donde fray Marcos de Niza había dicho que estaban, el hecho de que no estuvieran era lo de menos.

Si hasta las ciudades inexistentes encontraron un espacio en las crónicas, no es de extrañar que también lo tuvieran las ciudades efímeras y, en particular, esas ciudades de papel maché que en las plazas de América creaban una *mise-en-abime* de ciudades dentro de ciudades. Uno de los ejemplos más conocidos es el que Motolinía presenta en su *Historia de los indios de la Nueva España* donde describe la Jerusalén que se levantó en Tlaxcala para conmemorar las paces hechas por Carlos V y el rey de Francia. Dice el texto:

En Tlaxcallán, en la ciudad que de nuevo han comenzado a edificar, abajo en lo llano, dejaron en el medio una grande y muy gentil plaza, en la cual tenían hecha a Jerusalem encima de unas casas que hacen para el cabildo, sobre el sitio que ya los edificios iban en altura de un estado; igualáronlo todo e hinchiéronlo de tierra, e hicieron cinco torres; la una de homenaje en medio, mayor que las otras, y las cuatro a los cuatro cantos; estaban cerradas de una cerca muy almenada, y las torres también muy almenadas y galanas, de muchas ventanas y galanes arcos, todo lleno de rosas y flores. De frente de Jerusalem, a la parte oriental fuera de la plaza, estaba

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

apostado el Señor Emperador; a la parte diestra de Jerusalem estaba el real adonde el ejército de España se había de aposentar; al opósito estaba aparte aparejado para [el ejército de] las provincias de la Nueva España; ... todos estos lugares estaban cercados y por de fuera pintados de canteado, con sus troneras, saeteras y almenas muy al natural. (Motolinía 1858, 87-88)

Al levantar una ciudad de cartón piedra en medio de una ciudad que todavía no era una ciudad, los españoles buscaban enseñar a sus nuevos vasallos algo que era todo menos evidente, esto es, qué es verdaderamente una ciudad. Les enseñaban que el mundo se componía de ciudades jerárquicamente ordenadas en la que Jerusalem ocupaba un lugar preponderante. El que la representación narrada por Motolinía terminara con la toma de Jerusalén y que se aprovechara la representación de dicha toma para bautizar realmente a los indígenas que habían hecho las veces de musulmanes sin duda contribuyó a borrar a los paganos ojos de los indígenas las fronteras entre teatro y ritual, verdad y mentira, y, por supuesto, ciudades reales y ciudades imaginadas.

Y es que, como ya señalara Cortés, la construcción de ciudades coloniales como México y Lima fue no sólo una gesta militar, arquitectónica y urbanística, sino también, y de manera muy especial, una gesta narrativa. La obsesión de los españoles por las ciudades –ya estuvieran hechas de piedra o de tinta– bebía de fuentes diversas. Para ellos, como para la mayor parte de los europeos, la historia del mundo era inseparable de lo que se había escrito sobre tres de ellas: Troya, Jerusalén y Roma. La primera situada en alguna parte del Asia Menor había dado origen a una cultura de la que se sentían herederos. La segunda, situada en el cercano oriente, era el epicentro de la historia de la salvación. Y la tercera encarnaba su historia política. Esas tres ciudades estaban ligadas entre sí además por la *translatio imperii*, es decir, la idea de que el imperio se desplaza de oriente a occidente partiendo de Babilonia, pasando por Troya, haciendo escala en Roma y llegando a esa Nueva Jerusalén que Felipe II se estaba haciendo construir a los pies de la Sierra de Guadarrama antes de volver definitivamente a Tierra Santa para asistir al fin de la Historia. La conquista tuvo lugar asimismo en un momento en el que el urbanismo occidental estaba experimentando una verdadera revolución conceptual en la que la estructura caótica y orgánica de la ciudad medieval se veía suplantada por el encomio a la ciudad ideal, racional, planificada y absolutamente desangelada. Sería en América y no en Europa donde dichas ideas tendrían una mayor trascendencia, a pesar de que en América no se alcanzaran los logros estéticos de una ciudad como Palmanova, cerca de Venecia, cuyo diseño de vanguardia no evitó sin embargo que nadie excepto criminales quisieran vivir allí. Inspiradas en los modelos renacentistas, las ciudades americanas fueron en su mayoría creadas de la nada a partir de un conjunto de signos escritos en papel ocupando, como ya señalara Ángel Rama en *La ciudad letrada*,

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

DE CIUDADES REALES Y CIUDADES NARRADAS

primeramente un espacio lingüístico y simbólico antes de ocupar un espacio propiamente urbanístico y arquitectónico.

2. EL DIARIO DE JOSEPHE DE MUGABURU Y LOS CRONISTAS URBANOS EN EL IMPERIO ESPAÑOL

La erección de las ciudades americanas coincidió asimismo con un momento en el que las ciudades españolas habían comenzado, como señala Simón Díaz, “a tener conciencia de su rango, a transformarse en sujetos históricos” (Díaz 1953, s.n.). Es en este marco en el que surgió propiamente hablando la figura del cronista urbano. Grandes urbes como Barcelona o Sevilla, y no tan grandes, como Logroño, empezaron a acumular historiadores y gentes de letras encargados de relatar su antigüedad, nobleza y grandeza, como ilustran las obras de López de Hoyos, Gil González Dávila o Jerónimo de Quintana para el caso de Madrid. La pasión por describir las ciudades de la monarquía hispánica fue en aumento a lo largo de los siglos XVII y XVIII, siendo recibida en el Nuevo Mundo con entusiasmo. Así, mientras que en el siglo XVI se imprimieron en España aproximadamente unas dieciséis obras dedicadas a ciudades de la Península y una dedicada a México, en el siglo XVII ya hay once dedicadas exclusivamente a la ciudad de México, número que asciende hasta veintiuno en el siglo XVIII (Alonso de Diego 2005, 202). Panegiristas como Francisco Cervantes de Salazar en *Civitas Mexicus interior y Mexicus exterior* (1554), Bernardo de Balbuena en *Grandeza Mexicana* (1604) o Pedro Peralta Barnuevo en *Lima fundada* (1732) se impusieron la misión no sólo de trazar la historia de una ciudad, sino de elevar su altura simbólica y su prestigio frente a otras ciudades del imperio, destacando su labor civilizatoria y ofreciendo a los lectores la posibilidad de pasear por calles y plazas construidas con palabras (Kagan & Marías 2000, 25).

Ahora bien, frente a la tradición de los grandes panegiristas de la ciudad colonial del estilo de los Balbuena, Cervantes de Salazar o Peralta Barnuevo, surgió en el siglo XVII una tradición de cronistas urbanos más apegados a lo concreto y al devenir de la vida cotidiana. En el caso de México, los más conocidos fueron Gregorio Martín de Guijo y Antonio de Robles, en cuyos Diarios, publicados entre 1648 y 1664 –en el caso de Martín de Guijo– y de 1665 a 1703 –en el de Robles,– se pueden observar múltiples detalles del discurrir de la existencia en la capital de la Nueva España.

Sus diarios, cuyos originales están hoy en día extraviados, aparecieron por primera vez publicados en 1853 con el título de *Diario de Sucesos Notables* como parte de la colección *Documentos para la historia de Méjico* que editara Manuel Orozco y Berra. Ambos cronistas trabajaron como secretarios en la Catedral Metropolitana y la tarea de narrar lo que ocurría en la ciudad de México estuvo íntimamente ligado a su posición dentro de esta institución más que al intento de crear una representación “literaria” de la ciudad (Romero de Terreros 1953, 1: xii-xiii). Esto llevó a García

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

Figuerola, quien escribe la introducción a la edición que de ellas se hiciera en 1853, a señalar que ambas obras, concebidas de acuerdo al mismo plan, adolecen asimismo de defectos semejantes: “El estilo es a veces descuidado, abunda en repeticiones, se suprimen de cuando en cuando frases que truncan el sentido, se deja uno que otro nombre en blanco y por error al escribir están desfiguradas muchas palabras” (García Figuerola 1853, 1: vi); crítica estilística que se repetiría años más tarde también en el caso de los diarios limeños.

En el caso de Perú, los textos del siglo XVII que han llegado hasta la actualidad y que relatan el acontecer cotidiano de la ciudad son fundamentalmente dos: el de Antonio Suardo y el del autor que nos ocupa, Josephe de Mugaburu, cuya obra sería continuada tras su muerte por su hijo, Francisco. Por lo que respecta al texto de Antonio Suardo, el manuscrito original está repartido en cuatro cuadernos separados en cuatro legajos que se guardan en el Archivo General de Indias y que contienen la correspondencia del virrey Conde de Chinchón (Lima 45, 46, 47 y 48; Vargas Ugarte 1936, vi). La razón por la cual existe una copia en el Archivo de Indias tiene que ver con el hecho mismo que motivó la redacción del texto. Este surgió como resultado de las Reales Cédulas de 16 de diciembre de 1623 y 23 de noviembre de 1631 en las que se recomendaba anotar todos los sucesos que hubiesen ocurrido en el Virreinato. Dicha recomendación probablemente tuvo mucho que ver con la preocupación creciente que despertaba la situación social y demográfica de la ciudad de Lima y las dificultades a las que se enfrentaban las autoridades coloniales a la hora de garantizar su control. En este sentido, Felipe III había expresado ya en 1608 al virrey Marqués de Montesclaros su preocupación por “la mucha cantidad de negros, mulatos y mestizos que hay en esas partes y los que cada día se van multiplicando y cuanto convendrá ir previniendo con tiempo los inconvenientes que de ellos podrán resultar” para lo que había ordenado hacer una numeración de los mismos y no dejar de prestar atención a sus actividades “para que visto todo provea y mande lo que más convenga” (Konetzke 2, 1: 145). El virrey Marqués de Chinchón se excusó en 1630 y de nuevo en 1633 de tener que encargarse él personalmente de hacer la relación que demandaba el rey “viendo las muchas ocupaciones deste virreinato” por lo que “aviendo entendido que un clérigo curioso que ay aquí, que se llama el Doctor don Antonio Suardo, la había comenzado desde que se fue el marqués de Guadalcazar mi antecesor, le encargué que la continuase y así lo ha cumplido”. Ahora bien, no dudaba en resaltar que la relación era “tan larga y prolija que ha de tener trabajo de leerla y no aseguro la certidumbre de todas las cosas que refiere, porque como se ha alargado a tantas y las entendió por tan diferentes vías, no es posible que se hayan puesto todas con entera precisión...” (Conde de Chinchón, Carta del 14 de Mayo de 1634, Archivo General de Indias, Lima 45; Citado en Vargas Ugarte 1936, vii). La Lima de Suardo no es la Cíbola de fray Marcos de Niza, pero, como el virrey

previene, no es oro todo lo que reluce y no todo lo que se narra en su texto es necesariamente exacto o real.

Mientras que existen datos biográficos sobre Antonio Suardo y el contexto de creación de su diario, en el caso de Josephe de Mugaburu estos son mucho más limitados. Carlos A. Romero señala que no se sabe con certeza si nació en España o si, por el contrario, había nacido en Lima a principios del siglo XVII, “aunque hay razones para inclinarse a lo primero” (1917, 1: xii). Romero no explica, sin embargo, cuáles pueden ser esas razones. Otro de los estudiosos de la obra de Mugaburu, Robert R. Miller, señala –aunque sin ofrecer tampoco mayores pruebas documentales– que nació en España en enero de 1607 (1975, 9). A diferencia de Suardo, quien ejerció el cargo de procurador del Arzobispado de Lima y al parecer fue también doctrinero en la ecomineda de Sebastián Antonio de Contreras (Vargas Ugarte 1936, ix), Mugaburu siguió la carrera militar ejerciendo como sargento en el palacio del virrey en el momento de empezar su diario, siendo promocionado a capitán y destinado al Callao en 1672, donde estuvo hasta 1676 cuando dio por terminada su carrera militar y se trasladó a la hacienda de su hijo, cura de Yanaoca. Desafortunadamente, la muerte de su hijo en agosto de 1677, le obligó a trasladarse al Cuzco de donde partiría de nuevo a Lima llegando a la capital del Perú el 4 de diciembre de 1679. Mugaburu haría su último apunte en el diario el 2 de octubre de 1686 y moriría el 12 de noviembre de ese año, siendo su diario continuado durante los años siguientes y hasta 1694 por su hijo Francisco (Romero 1917, 1: xiii).

La conexión entre los diarios de Suardo y Mugaburu es un tema que ha despertado escasa atención crítica a pesar de que el del primero acaba a mediados de 1634 y el del segundo comienza solo unos años más tarde, en 1640. Teniendo en cuenta que el encargo que recibió Suardo de anotar los sucesos importantes de la ciudad de Lima era de conocimiento público y que Mugaburu estuvo destinado al palacio del virrey en la misma época en la que lo frecuentó Suardo, no parece aventurado suponer que el primero estaba al tanto de las actividades del segundo. El que ambos escritos adopten una organización y perspectiva cronológica similar parece también apoyar la idea de que Mugaburu probablemente tuvo la inspiración de continuar el trabajo que estaba haciendo Suardo una vez que éste dio por terminada su tarea. Sin embargo, en contraste con el diario de Suardo, que era un documento fundamentalmente político y administrativo destinado a conocer mejor los entresijos, peculiaridades y desmanes de la capital del Perú con el objetivo de gestionarla de manera más adecuada para los propósitos establecidos por las autoridades coloniales, el diario de Mugaburu no fue redactado por mandato oficial y, desde luego, no fue enviado a España para entretenimiento y provecho de los funcionarios del Consejo de Indias. Al contrario, el texto de Mugaburu tiene un carácter en gran medida autobiográfico. Mientras que Suardo

raramente se menciona a sí mismo o a su familia, Mugaburu narra no sólo los sucesos que tienen lugar en Lima sino su vida y la de sus familiares más próximos llegando a enterarnos –a través de la pluma de su hijo Francisco- los detalles de su propia muerte.

Las diferencias apuntadas no dejan de tener importancia para nuestra comprensión de la evolución del género de los “diarios” en Hispanoamérica. El denominado “diario” de Suardo es, más que un diario propiamente hablando, una crónica de sucesos notables. Por su parte, el de Mugaburu está a medio camino entre la crónica de sucesos notables y el diario entendido como género de corte autobiográfico ligado al surgimiento de una subjetividad moderna. En este sentido, el diario de Mugaburu es un documento laico que se separa de la experiencia religiosa que se encuentra reflejada en documentos de origen conventual como el diario de la mística afro-peruana Úrsula de Jesús, escrito aproximadamente en esa época (Deusen 2004). Y aunque sin duda su aproximación a los acontecimientos que narra no tiene el carácter reflexivo que se encuentra en el diario que Samuel Pepys llevara a cabo entre 1660 y 1669 en Inglaterra, y que suele considerarse uno de los antecedentes del género del diario en un sentido moderno, es la vida del escritor la que determina el devenir del texto. Este rasgo se ve reforzado por el hecho de que, una vez que abandona Lima y se establece en el Cuzco, comienza a anotar los sucesos notables que ocurren en dicha ciudad para posteriormente volver a apuntar lo que ocurre en Lima una vez que regresa en 1679. Es decir, para Mugaburu lo importante no son las ciudades de Lima y Cuzco *per se*, por mucho que se concentre en narrar los eventos que observa (siguiendo en este sentido los principios de la crónica de sucesos notables), sino el hecho de que él –Josephe de Mugaburu– estuvo en ellas. Los abundantes acontecimientos familiares que Mugaburu apunta en su diario refuerzan este carácter autobiográfico de su texto ausente en la narración de Suardo. El de Mugaburu era un documento privado destinado probablemente a la lectura personal o familiar y no un documento público destinado a ser leído por las autoridades coloniales y mucho menos por intelectuales o académicos. No es extraño, por tanto, que Ventura García Calderón se preguntara retóricamente a principios del siglo XX –antes incluso de que viera la luz la primera edición limeña– qué es lo que podría publicarse del texto de Mugaburu y se respondiera diciendo que “[o] todo o muy breves páginas. Es monótono, insulso a ratos, mal escrito siempre, porque el autor no pretendía hacer literatura, ni para labores de pluma era entonces experto el gentilhombre” (Ventura García Calderón en *Revue Hispanique* (García Calderón 1916, 181).

3. DE LIMA A BLOOMINGTON: TRASMISIÓN, HISTORIOGRAFÍA Y COLECCIONISMO

Ahora bien, para ser alguien que no sirve “ni para labores de pluma” no deja de ser sorprendente la atención que le dedicaran tanto el propio Ventura García Calderón como Carlos A. Romero y Horacio H. Urteaga, responsables estos últimos de llevar el manuscrito por primera vez a la imprenta en 1917. Los tres utilizaron el desgarrado texto de Mugaburu para criticar un tipo de historiografía que consideraban limitada e insuficiente y, para ello, hicieron del autor la encarnación colonial de un historiador de la vida cotidiana *avant la lettre*. Así, García Calderón señala que el mejor mérito de su diario es “el de contarnos lo que generalmente falta en la historia grande: ese *petit fait* que bruscamente alumbra la morosa evocación de una edad muerta. Es imposible resucitar una época de la cual no se posee un abanico, decían los Goncourt,” (García Calderón 1916: 178). La poética referencia de García Calderón a los Goncourt no es baladí, pues pone de manifiesto también el interés de parte de la historiografía hispánica de principios de siglo por la historia de la vida cotidiana, interés que encuentra amplio eco en la edición de Carlos A. Romero y Horacio H. Urteaga quienes califican el texto de Mugaburu de

cofre milenario que guardara tesoros y reliquias de un tiempo que pasó y encerrara a la vez la clave de secretos que han fatigado la curiosidad y el interés, porque encierra la esencia de la vida; que fueron testimonio fidedigno de los caracteres de un pueblo y de una época que cada día se esconde más a las miradas escrutadoras y ávidas del historiador y del sociólogo; este libro guarda entre sus vetustas páginas, escritas con caracteres anticuados, tendencias y prácticas, gustos y aficiones, temores y deseos de una sociedad que tuvo la rareza extraordinaria de evolucionarse durante tres siglos, mientras el mundo, aunque lenta y tardíamente, transformaba el alma de la civilización [...] (Urteaga 1917, 1: iii-iv).

Esta capacidad de acercarse a la historia con minúsculas permite a los editores limeños elevar el diario de Mugaburu a la categoría de *speculum maius* de la sociedad colonial en América oponiendo dos formas opuestas de narrar la historia –y dejando claro de paso cuál es la que ellos prefieren:

Lo que la historia política, cortesana, atildada e hipócrita, no ha dicho, ni ha contado el relato de la crónica que se dirigía al Rey o a los magnates, y que desfiguraba el hecho por cálculo o por miedo, lo ha dicho el mamotreto y hoy lo repite el libro, sin reticencias ni temores [...] Todo el libro es pulido espejo donde por mágico conjuro parece que han quedado indelebles las grandes escenas de la vida, alegre, jovial, devota y penitente de esas generaciones hoy transformadas en polvo (Urteaga 1917, 1: iv-v)

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

Efectivamente, las páginas del diario de Mugaburu son ricas en detalles de la vida cotidiana: desde los actos públicos y fiestas que se celebran en Lima a crímenes y castigos que tienen lugar en la capital, por mencionar algunos de los hechos más señalados. De ahí a considerarlo como *speculum maius* nada menos que de toda la sociedad colonial hay una distancia considerable, pero no cabe duda de que, al menos, es la narración de la vida de una ciudad por parte de alguien que trató de reflejar lo que ocurría en ella como parte integrante de la suya propia. Mugaburu no es Balbuena y su misión no es dar a la imprenta un poema que estuviera a la altura de la grandeza de Lima, tarea que quedará para que la complete Peralta Barnuevo. Sin embargo, sí que coincide con el escritor novohispano en aplicarse con inusitada pasión a fijar por escrito la fugacidad de lo que veía en Lima antes de que se desmoronaran “las columnas principales sobre [las] que el mundo y su grandeza estriba” (Balbuena 1927: 67r). Esa Lima no era la Lima del documento oficial, sino “su” Lima. Como se ha señalado con anterioridad, el que se trataba de un proyecto intensamente personal y que el documento estaba íntimamente ligado a su núcleo familiar se ve resaltado por el hecho de que, a su muerte, dejara a su hijo la tarea de continuar su legado, lo que este hizo hasta 1694.

La pista del manuscrito se pierde a partir de ese momento y no reaparece hasta 1916, cuando García Calderón hace referencia a él por primera vez en un artículo que aparece ese año en *Revue Hispanique*. García Calderón señala allí que el texto obraba en poder del erudito limeño Carlos A. Romero, quien aparentemente lo había adquirido unos años antes, pero sin indicar dónde lo encontró ni a quién se lo compró (García Calderón 1916, 177). Con el típico celo del coleccionista de libros antiguos, siempre reacio a revelar el origen de sus volúmenes, Romero tampoco se muestra dispuesto a hacer mayores revelaciones en la introducción a la edición limeña de 1917 declarando únicamente que “hace algunos años vino a nuestras manos un cuaderno manuscrito, forrado en pergamino, con doscientas ocho hojas escritas por ambas caras en menudos caracteres. Era este libro un verdadero tesoro histórico por la abundancia de noticias que contenía” (Romero 1917, 1: xi). Sin duda, fue esa conciencia de tener entre manos “un verdadero tesoro histórico” lo que llevó a su publicación en Lima en 1917 y a una reedición en 1935, cuando el diario de Mugaburu apareció como parte de una colección de textos conmemorativos del cuarto centenario de la ciudad. La siguiente edición –en este caso parcial– no tendría lugar hasta cuarenta años más tarde, en 1975, cuando Robert R. Miller publicara una traducción al inglés de partes seleccionadas del mismo con el título *Chronicle of Colonial Lima: The Diary of Josephe and Francisco Mugaburu, 1640-1694*.

El manuscrito desaparece de nuevo de la luz pública tras las ediciones limeñas de 1917 y 1935 y reaparece años más tarde como parte de la colección del erudito Bernardo Mendel, quien lo terminaría transfiriendo en 1962 a The Lilly Library de la

Jouvé Martín, J.: “Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial”, en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

Universidad de Indiana (Bloomington, EEUU; Williams 2013). No está claro cuándo lo adquirió Bernardo Mendel, pero sí lo está, sin embargo, las razones por las cuales el manuscrito de Mugaburu acabó en una biblioteca universitaria de los EEUU. Nacido en Viena el 17 de octubre de 1895 en el seno de una familia judía de mediana fortuna dedicada a la joyería, Berhard Mendel se trasladaría a Colombia en 1928 donde residiría hasta 1952. Una vez allí se establecería como agente de la empresa Gorge y Compañía, la cual había fundado con su hermano y un amigo en 1919 y que estaba dedicada a labores de exportación. Una vez disuelta esta en 1935, trabajaría en el país latinoamericano como agente para otras compañías inglesas, suecas y norteamericanas, fundando eventualmente la empresa Empo (Equipos Modernos para Oficina) que constituiría la base de su fortuna. Es durante este periodo que Berhard, que cambiaría su nombre a Bernardo al nacionalizarse colombiano, se dedicaría a una desarrollar una importante actividad cultural que incluiría el coleccionismo de libros y manuscritos antiguos, los cuales iría adquiriendo tanto en Bogotá como durante sus diferentes viajes por ciudades latinoamericanas. A medida que la colección se agrandaba, Mendel concibió la idea de donarla a la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá (Bird 1973). De acuerdo al periodista y bibliófilo Mauricio Pombo, los gobiernos entre 1941 y 1948, entre los cuales figuró como Ministro de Educación Germán Arciniegas y como director de la Biblioteca Nacional Enrique Uribe White, no recibieron la donación de la biblioteca de Mendel, por considerar inaceptables las condiciones puestas por este, a saber, "que el fondo llevara su nombre y que se le permitiera ser curador ad honorem de la colección." De acuerdo a Pombo, "nuestros sabios burócratas de la cultura de entonces, como en nuestros días, no podían tolerar lo foráneo, y menos aún, que un fondo de la Biblioteca Nacional de Colombia llevara el nombre de un extranjero" (Pombo 2001, 97-98).

Tras esa decepción, y con intención de dedicarse por completo a sus intereses bibliófilos, Mendel se mudaría a Nueva York en 1952, donde adquiriría la famosa librería-anticuario neoyorquina Lathrop C. Harper y se dedicaría a expandir su ya de por sí voluminosa biblioteca. Entre 1962 y 1967, año de su muerte, Mendel adquiriría además "dos colecciones de manuscritos sobre América Latina: la primera, reunida por el anticuario peruano Jorge María Corbacho (1881-¿?) y la segunda, por el coleccionista bogotano Camilo Mutis Daza" (Badui-Quesada 2007, 175). Para 1961, cuando Mendel decide vender su colección a The Lilly Library en la Universidad de Indiana, esta incluía, además del manuscrito de Mugaburu, aproximadamente otros 26,000 manuscritos y 40,000 textos impresos manuscritos sobre distintos aspectos del descubrimiento y la colonización de América con especial énfasis en México y el área andina (Indiana University 2013), y entre los que se incluyen primeras ediciones de las *Cartas* de Cortés, de los *Grandes Viajes* de Theodore de Bry, de las

Jouvé Martín, J.: "Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial", en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

Elegías de varones ilustres de Indias e incluso "un ejemplar del Proyecto de la Constitución de Bolivia, original de Simón Bolívar, con correcciones manuscritas de puño y letra de Antonio José de Sucre" (Prisco 1989, XXXV; Pombo 2001, 97). A diferencia de lo que ocurriera con la Biblioteca Nacional de Colombia, la Universidad de Indiana no sólo pagó por sus libros y manuscritos, sino que garantizó su unidad, acordó darle su nombre a la colección y le permitió ejercer de curador de la misma. Al vendérsela a Indiana Mendel perseguía por lo demás el objetivo expreso de hacer de "the Mendel collection a highly important research center for Latin Americana, to be known throughout the scholarly world" (Byrd 1973). Eso es lo que Mendel mismo le manifiesta a Robert A. Miller, director de la biblioteca de la universidad en aquel entonces, en una carta fechada 18 de septiembre de 1961:

I repeat what I have previously said to you that I feel that amongst all the places which wanted to have my books Indiana University is the place where I want to see my books for all the reasons we have discussed. Also because I think that there my books will have the greatest future. And what efforts are left to me I shall dedicate them from the bottom of my heart and soul to the future of them and the University. (Citado en Byrd 1973)

Fue así como, casi trescientos años después de su redacción, el diario de Mugaburu siguió un camino semejante al que a lo largo del siglo XX harían muchos otros manuscritos coloniales hispanoamericanos, los cuales terminarían engrosando las estanterías y archivos de universidades estadounidenses como Harvard o Yale y haciendo que la historia del periodo -y la de sus grandes ciudades- se escriba hoy no necesariamente desde Lima o Bogotá, sino desde una pequeña ciudad de poco más de ochenta mil habitantes del Midwest americano. Es, pues, merced no sólo a Josephe y Francisco de Mugaburu, sino también a la curiosidad de eruditos y bibliófilos como Carlos A. Romero y Bernardo Mendel y a los esfuerzos de conservación de The Lilly Library y la Universidad de Indiana que el lector puede observar hoy, con una distancia de casi cuatrocientos años y desde un campus que mereció una mención destacada en el libro de Thomas Gaines *The Campus as a Work of Art* (1991), los entresijos de esa Cíbola colonial que fue la capital del Virreinato del Perú. Así, y en homenaje a los primeros editores de este singular texto, me gustaría acabar con la misma invitación que hacía Horacio Urteaga en 1917: "Corre, lector amigo, el espeso velo del tiempo, vuelve la página, y después de saber quiénes fueron los indiscretos señores de Mugaburu que te sirven de guía, penetra respetuoso en la Lima colonial del siglo XVII" (Urteaga 1917, 1: x).

OBRAS CITADAS

- Alonso de Diego, Mercedes. "La vida cotidiana en la ciudad de México a mediados del siglo XVIII en los sermones de Francisco Barbosa." *Anuario de la Historia de la Iglesia* 14 (2005): 201-224.
- Badui-Quesada, Halim. "Apuntes para una biblioteca imaginaria: valor patrimonial y situación legal de las bibliotecas" *Revista Interamericana de Bibliotecología [Colombia]* 30.1 (2007): 167-184.
- Balbuena, Bernardo de. *Grandeza Mexicana*. Reproducción facsimilar. México: Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1927.
- Bird, Cecil K. *Bernardo Mendel: Bookman Extraordinaire, 1895-1967*. Bloomington: Indiana University Publications, 1973.
- Peralta Barnuevo, Pedro. *Lima fundada o conquista del Perú*. Lima: En la imprenta de Francisco Sobrino y Bados, 1732.
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Civitas Mexicus interior. Mexicus exterior*. En *México en 1554. Tres diálogos latinos que Francisco Cervantes de Salazar escribió e imprimió en México en dicho año*. Joaquín García Icazbalceta, Ed. México: antigua Librería de Andrade y Morales, 1875. pp. 85-322.
- Cortés, Hernan. *Cartas de relación*. Ángel Delgado Gómez, Ed.. Madrid: Castalia, 1993.
- Deusen, Nancy E. van. *The Souls of Purgatory: The Spiritual Diary of a Seventeenth-Century Afro-Peruvian Mystic, Ursula de Jesús*. Albuquerque, N.M: University of New Mexico Press, 2004.
- Díaz, Simón. Prólogo. En Fernando Albia de Castro. *Memorial y discurso político por la muy noble y muy leal ciudad de Logroño*. Simón Díaz, Ed. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1953.
<http://www.vallenajerilla.com/berceo/alvia/indice.htm>
- Gaines, Thomas A. *The Campus As a Work of Art*. New York: Praeger, 1991.
- García Calderón, Ventura. "El diario de Mugaburu." *Revue Hispanique* 36.89 (1916): 177-199.
<http://archive.org/stream/revuehispanique06amergoog#page/n7/mode/2up>
- García Figueroa, Francisco. Introducción. *Documentos para la historia de México*. Francisco García Figueroa, Ed. 21 vols. México: Imprenta de Juan R. Navarro, 1853-1857.
- González Dávila, Gil. *Teatro de la grandeza de la Villa de Madrid*. Madrid : por Tomás Iunti..., 1623.
- Indiana University. "Latin American History: Research Resources." <http://www.iub.edu/~lahist/index.php?page=resources>. Consultado el 31 de marzo de 2013.

Jouvé Martín, J.: "Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial", en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

- Kagan, Richard L, and Fernando Mariás. *Urban Images of the Hispanic World, 1493-1793*. New Haven: Yale University Press, 2000.
- Koch, Peter O. *Imaginary Cities of Gold: The Spanish Quest for Treasure in North America*. Jefferson: McFarland & Company, 2009.
- Leonard, Irving Albert. *Books of the Brave: Being an Account of Books and Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth-Century New World*. New York: Gordian Press, 1964.
- Martín de Guijo, Gregorio. *Diario de sucesos notables escrito por el Licenciado D. Gregorio Martín de Guijo, y comprende los años de 1648 a 1664*. En *Documentos para la historia de México*. Vol. 1. Francisco García Figueroa, Ed. México: Imprenta de Juan R. Navarro, 1853.
- Miller, Robert Ryal. Introduction. En Mugaburu, Josephe , y Francisco Mugaburu . *Chronicle of Colonial Lima: The Diary of Josephe and Francisco Mugaburu, 1640-1694*. Robert Ryal Miller, Ed. Norman: University of Oklahoma Press, 1975.
- Motolinía, Toribio de. *Historia de los indios de la Nueva España*. En *Colección de documentos para la historia de México*. Vol. 1. México: Librería de J.M. Andrade, 1858.
- Mugaburu, Josephe de y Francisco de Mugaburu. *Diario de Lima (1640-1694). Crónica de la época colonial*. Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Tomos VII y VIII. Publícanlo por primera vez, tomándolo del manuscrito original Horacio H. Urteaga y Carlos A. Romero, miembros de número del instituto histórico del Perú. 2 vols. Lima: Imprenta y libería San Martí y Ca., 1917-1918.
- . *Diario de Lima (1640-1694). Crónica de la época colonial*. Reimpreso con prólogo y notas de Don Carlos A. Romero, Director de la Biblioteca Nacional. 2 vols. Lima: Imp. C. Vásquez L., 1935.
- . *Chronicle of Colonial Lima: The Diary of Josephe and Francisco Mugaburu, 1640-1694*. Robert Ryal Miller, Ed. Norman: University of Oklahoma Press, 1975.
- Niza, Marcos de, fray. *Relación*. Craddock, Jerry R., Ed. Berkeley, California: UC Berkeley, Research Center for Romance Studies, 2008.
<http://escholarship.org/uc/item/7pb6j8fx>
- Pombo, Mauricio. "La biblioteca de Bernardo Mendel: Agua pasó por aquí..." *Revista La Tadeo* [Bogotá] 65 (2001): 96-98.
- Prisco, Rafael di. Prólogo. En Grases, Pedro. *Escritos selectos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989. pp. xiii-lvi
- Quintana, Jerónimo de. *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid : historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Madrid : En la Imprenta del Reyno : [vendese este libro en casa del autor, en el Hospital de la Latina de Madrid], 1629.

Jouvé Martín, J.: "Josephe de Mugaburu y los cronistas urbanos en el imperio español: origen y transmisión de un diario colonial", en <http://www.alfredoalvar-estudiosdediariosymemorias.es/>

OBRAS CITADAS

- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover, N.H., U.S.A: Ediciones del Norte, 1984.
- Robles, Antonio de. *Diario de sucesos notables escrito por el licenciado D. Antonio de Robles, y comprende los años de 1665 a 1703*. En *Documentos para la historia de México*. Francisco García Figueroa, Ed. Vol. 2 y 3. México: Imprenta de Juan R. Navarro, 1853.
- Rodríguez Prampolini, Ida. *Amadises de América: hazaña de las Indias como empresa caballeresca*. México: Academia Mexicana de la Historia, 1990.
- Romero, Carlos A. Introducción. En Mugaburu, Josephe de y Francisco de Mugaburu. *Diario de Lima (1640-1694)*. Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Tomos VII y VIII. Publícanlo por primera vez, tomándolo del manuscrito original Horacio H. Urteaga y Carlos A. Romero, miembros de número del instituto histórico del Perú. Lima: Imprenta y librería San Martí y Ca., 1917.
- Romero de Terreros, Manuel. Prólogo. Gregorio Martín de Guijo. *Diario, 1648-1664*. Manuel Romero de Terreros, Ed. 2 vols. México: Porrúa, 1953.
- Suardo, Juan Antonio. *Diario De Lima (1629-1634.)* Rubén Vargas Ugarte, Ed. Lima: Imp. C. Vasquez L, 1936.
- Vargas Ugarte, Rubén. Introducción. En Juan Antonio Suardo. *Diario De Lima (1629-1634.)* Rubén Vargas Ugarte, Ed. Lima: Imp. C. Vasquez L, 1936.
- Urteaga, Horacio. Prólogo, Josephe de Mugaburu y Francisco de Mugaburu. *Diario de Lima (1640-1694)*. Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú. Tomos VII y VIII. Publícanlo por primera vez, tomándolo del manuscrito original Horacio H. Urteaga y Carlos A. Romero, miembros de número del instituto histórico del Perú. Lima: Imprenta y librería San Martí y Ca., 1917.
- Williams, Cherry Dunham. Curator of Manuscripts. Lilly Library. Indiana University. Comunicación personal. 28 de marzo de 2013.

Las imágenes del manuscrito de Joseph de Mugaburu son propiedad de The Lilly Library de la Universidad de Indiana (EEUU) y se utilizan aquí con su permiso. Toda reproducción posterior, ya sea particular o comercial, debe contar con la aprobación de The Lilly Library. Agradezco a la Sra. Cherry Dunham Williams, a The Lilly Library y a la Universidad de Indiana la ayuda prestada para llevar a cabo este trabajo y su disposición a dar a conocer de manera más amplia el manuscrito original de este importante cronista colonial.